cartógrafo Domingo Fontán, quien trabajó en la Comisión de límites de la provincia de la corporación provincial, en un impase en su tarea como secretario de la misma, sobre la base de un exhaustivo trabajo de campo, y elaboró, con métodos científicos y mediciones matemáticas, la Carta Geométrica de Galicia, pionera en la materia en España. Describir la politización de la ciudadanía, conseguida sobre todo a través de la libertad de imprenta y de la Milicia Nacional, es el tercero de los objetivos propuestos. Así, destaca la autora la prensa y la libertad de opinión como instrumentos imprescindibles para que el pueblo se implicara en la política, explicando la ayuda prestada por la Diputación de A Coruña para evitar la desaparición del periódico *Diario Constitucional de la Coruña*, editado por el «reformador» coruñés Manuel Pardo de Andrade. Igualmente, analiza la Milicia Nacional como «baluarte del sistema restaurado», que logra derrotar a los realistas que se habían alzado en Madrid el 7 de julio de 1822, y que supone armar a los ciudadanos y factor de expansión del ideario liberal, incluso por las localidades más pequeñas de la geografía española, aunque esos milicianos acaban identificados con el liberalismo radical, hecho que va a determinar su trayectoria posterior.

La segunda parte de esta obra es una impecable edición facsímil de las Actas de Pleno de la Diputación de A Coruña de 1822, un tesoro, como las califica la archivera de esta institución, Carmen Molina Taboada, pues son las únicas que se conservan de las cuatro diputaciones gallegas de ese periodo, por lo que son testimonio insustituible de la actuación y esfuerzos realizados por los integrantes de esta corporación en sus primeros, y todavía inciertos, pasos.

Todos los autores muestran un gran dominio de las cuestiones que abordan en sus trabajos, una claridad expositiva y una capacidad y esfuerzo de sistematización y síntesis encomiables. La indudable riqueza de contenidos se plasma en la pluralidad de enfoques y cuestiones que se abordan con extraordinario rigor en la obra, siendo la bibliografía manejada extensa, adecuada y actualizada, mientras que las fuentes documentales están más limitadas debido, como se ha dicho, a la casi total ausencia de actas de las sesiones.

En definitiva, esta obra colectiva permite incrementar el conocimiento de unos años, 1820-1823, un territorio, Galicia, y una institución, la diputación provincial, especialmente de la de una determinada provincia, A Coruña, cuya trayectoria en esos años no ha sido especial objeto de atención por los historiadores e historiadores del Derecho, por lo que viene a llenar un hueco importante en la historiografía, configurándose como una aportación valiosa y que marca el camino a seguir en posteriores investigaciones acerca de estos años y de estas corporaciones provinciales. Felicito a los autores por los resultados conseguidos y por esta nueva y relevante contribución al análisis de la esfera institucional de la organización territorial liberal.

REGINA M.^a POLO MARTÍN
Universidad de Salamanca. España

MOLINA DE LA TORRE, Francisco J.; RUIZ ALBI, Irene, y HERRERO JIMÉNEZ, Mauricio, *Colección documental del monasterio de Santa María la Real de las Huelgas de Valladolid (1242-1500)*. Edición y estudio (Estudio histórico del monasterio de MARTÍNEZ LLORENTE, Félix), Universidad de Valladolid, 2024, 645 pp. ISBN 978-84-1320-277-8

Durante años oí decir a una persona muy cercana a mí, tristemente desaparecida en la pasada pandemia de la Covid, una expresión para mí extraña: «Lo bien hecho, bien

parece»; efectivamente, consultada la sección de paremiología del Centro Virtual Cervantes, resulta que es un refrán de uso escaso en la actualidad, que podría explicarse así: «Elogia la calidad de lo que está bien acabado o realizado con tiempo. Por eso, muestra sus características positivas». Cuando me enfrenté con este grueso volumen, a instancias de uno de sus autores, fue esa la expresión que me vino a la cabeza: se trata de un trabajo extenso, que, en la mayoría de sus casi 650 páginas, dejando a un lado las introductorias y las conclusivas, recoge tantos documentos como días tiene un año normal. La factura del libro es impecable y cuando se penetra en su interior el contenido no desmerece en absoluto su presentación, así que bien parece lo que está bien realizado.

Se inicia la parte introductoria, correspondiente a las primeras 64 páginas, con la presentación de María Jesús Díez Garretas, directora del proyecto de investigación concedido por la Junta de Castilla y León, cuyo resultado fue la catalogación de la biblioteca del monasterio (484 volúmenes) y de su archivo (79 cajas, mayoritariamente en pergamino), algo que había sido vivamente deseado por las abadesas de los últimos tiempos, que la sensibilidad de la Junta y de la Universidad de Valladolid ha permitido llevar a buen término.

A continuación, nuestro colega de la Universidad vallisoletana, Félix Martínez Llorente dedica una serie de páginas, no muy extensas, pero sustanciosas, tanto a la historia del convento como a su abadologio, partiendo, como no podía ser de otra manera, de la propia documentación luego reproducida en esta colección diplomática (páginas 13 a 40). En el apartado inicial recoge el estado de la cuestión de los trabajos relativos a este monasterio; en seguida, pasa a narrar los avatares por los que discurrió desde 1242 a 1500, centrándose, especialmente, en las dos escrituras de dotación, debidas a doña María de Molina, ambas procedentes de 1320, así como en las controversias suscitadas con posterioridad, a pesar de haber sido confirmado su estatus por el gran rey que fue Alfonso XI. Sin embargo, el asalto que sufrió la ciudad a manos de las tropas reales en 1328 supondría la destrucción de todas las instalaciones del convento, tanto las propiamente religiosas como las zonas palaciegas anejas; cuando, pasado esa amargo trance, se procedió a la reconstrucción de sus dependencias ya solo se pusieron en valor las de carácter eclesiástico. Los remordimientos de conciencia que el monarca debió de experimentar por aquellos hechos, según nuestro autor, podrían explicar la ampliación de privilegios de que gozó el monasterio durante su reinado.

No obstante, como era de esperar, los reinados siguientes serían más parcos en la recepción de nuevos beneficios de manos de los sucesivos monarcas, de Pedro I a Enrique IV, si bien en la época de éste y de su padre, Juan II, las monjas tuvieron buen cuidado en presentar a su ratificación toda esa documentación, en que se fundamentaba su supervivencia y prosperidad. Por su parte, los Reyes Católicos solo empezaron a interesarse por ellas a partir de 1481. Es claro que durante el últimos siglo y medio habían conseguido establecer un sólido núcleo patrimonial de cara al futuro. Tras dedicar unas líneas a la administración de dichos bienes, el autor nos ofrece lo que podríamos denominar como pequeño anecdotario del trabajo del grupo de investigación, autor de esta colección diplomática.

Finalizan las páginas debidas al profesor Martínez Llorente con el listado de las 15 abadesas que dirigieron el monasterio entre los años 1320 y 1500, de acuerdo con la presencia de éstas en los documentos editados.

En las 24 páginas que siguen, que hemos de suponer son de la autoría de las tres personas que firman el libro, como transcritores y editores de los 365 documentos, se realiza el estudio diplomático y paleográfico de la colección: comienza con un preámbulo donde, brevemente, exponen los problemas con que se enfrentaron con anterioridad al comienzo del trabajo. Acto seguido nos indican que del total de escrituras

recogidas, 213 son originales y 152 copias, con una distribución cronológica desigual, con picos en 1321-1330, con 46 documentos, y en 1401-1410, con 34 (según la figura 1, de la página 42). También se detienen a exponer la distribución cronológica originales/copias (figura 2, p. 44).

Luego presentan un *excursus* sobre el modo de datación de los documentos (como es bien sabido, por la era del César –o era hispánica– hasta Cortes de Segovia de 1383 y el año de Cristo, tras ese año, mayoritariamente). En cuanto días y meses, resaltan la especificidad de los documentos eclesiásticos, pontificios o episcopales. También mencionan algunos errores en datación. Entre todos los documentos estudiados se encuentra uno falso (de Alfonso XI en 1352, dos años después de muerto).

Particularmente resultan de interés las páginas dedicadas a la tipología documental, según fuera real, notarial, eclesiástica o municipal; de acuerdo con la figura 3 (p. 46), se contabilizan por su procedencia, entre las cartas originales, una concejil, 7 eclesiásticos, 100 notariales y 105 reales. En la figura 4 se recoge y, en texto, se comenta el elenco por reinados (Alfonso XI, 20 documentos; Reyes Católicos 16; Juan II, 14 y Enrique IV, 13. Luego, 9 para Enrique II y Enrique III, 8 para Pedro I, 4 para Fernando IV, 3 para Juan I, 2 para Sancho IV, María de Molina, María de Portugal e Isabel I, y uno para el llamado Alfonso XII).

Continuando con las figuras, en la n.º 5 se expresan los documentos notariales por épocas, destacando 21 en 1321-1330, en tanto que en la figura 6 se cuantifica la procedencia de las copias: 19 eclesiásticas, 60 notariales y 73 reales.

Siguiendo con los aspectos diplomáticos, es de interés la relación por tipos de documentos; tratándose de los fondos archivísticos de un convento, no es extraño que, en cuanto a documentos reales, contemos con 63 cartas plomadas, 21 cartas de privilegio y confirmación, 20 cartas de privilegio y otras tantas de albaláes, así como con 13 provisiones, amén de otras en corto número. Por lo que se refiere a los tipos de documentos notariales, tampoco sorprende que abunden, los traslados, escrituras diversas, poderes, testimonios, compraventas, permutas, arrendamientos, obligaciones, testamentos, o cartas de posesiones y renunciaciones, por orden descendente. Dada la escasez de documentos eclesiásticos y municipales, su tipología no resulta muy reveladora.

Lo que sí lo resulta es el estudio tanto del soporte como de la escritura documental: casi el 86 % está en pergamino y 14 % en papel. En cuanto a los tipos de letra: abundan las góticas, cursiva, bastarda, de privilegios, redonda o redonda de juros o de ejecutorias, la humanística o la de albaláes.

Las notas dorsales también son comentadas –los autores demuestran también su interés al haber utilizado el dorso de uno de los privilegios en la portada del libro–: normalmente, son de época posterior y tienen una finalidad de facilitar la ordenación o la localización rápida de los mismos.

En cuanto a las normas de edición y transcripción, usan las internacionales y nacionales (que detallan). Se completa el trabajo con una relación bibliográfica a lo largo de cuatro páginas.

La transcripción de todos los documentos se incluye dentro de las páginas 65 a 612, siendo la parte fundamental de todo el estudio.

En las treinta y tantas páginas finales se detallan los índices onomástico y toponímico de rigor.

Un excelente *sillar*, por tanto, en la deseable reconstrucción del edificio que supone la edición de todas nuestras fuentes medievales patrias.

PEDRO ANDRÉS PORRAS ARBOLEDAS
Universidad Complutense de Madrid. España

PAVÓN ROMERO, Armando y BLASCO GIL, Yolanda. *La irrupción de la escritura en el Estudi General de València (1767-1797)*, Valencia, Tirant Humanidades, 2022. 152 pp. ISBN 978-84-190-7193-4

Los colegas de la Universidad de Valencia, formados y estimulados por Mariano Peset, son reconocidos expertos en historia universitaria. A la ingente cantidad de aportaciones científicas a este ámbito de estudio se suma la reciente publicación de Pavón y Blasco que anuncia esta nota.

La obra arranca de una consideración elemental. La universidad actual es terreno de la escritura –el camino hacia la cátedra pasa por la imprenta, decía, irónico, Jhering– pero la universidad del antiguo régimen era un espacio eminentemente oral. Aunque cabe matizar la primera afirmación, no veo problemas en aceptar la segunda, sobre todo porque conduce al meollo de este libro, donde se combina la reforma de las universidades tras la expulsión de los Jesuitas y la progresiva implantación de la imprenta en los centros de estudios. Sin cancelar los viejos métodos orales-escolásticos, la aprobación del plan del rector Vicente Blasco a fines del reinado de Carlos III –realizando en este punto las ideas de la *Idea* de Mayans– estimuló la producción escrita de los profesores, autorizados y aun premiados para escribir notas y disertaciones *ad usum scholarum* para aprovechar mejor la doctrina de los textos oficiales. La Universidad contó con un fondo de impresiones para editar y dar salida a los escritos.

No fueron muchos los profesores valencianos que se animaron a escribir, y hubo por ejemplo sus más y sus menos con la publicación de algún tratado que defendía el tiranicidio (pp. 68 ss). Pero algunos, como el famoso Juan Sala, lo hicieron; exento de dar clase, emitir dictámenes y asistir a los claustros Sala se consagró en cuerpo y alma a la composición –«con la pluma en la mano y con muchísimos libros abiertos delante sobre la mesa», según un testimonio del momento (p. 81)– del Digesto Romano-Español. Las fuentes documentales del archivo universitario valenciano permiten conocer estos interesantes particulares sobre el opaco proceso creativo de una obra jurídica que podía llegar a convertirse en libro de texto (o sobre los ejemplares que se difundían por las universidades de España: esos 1.500 juegos de las *Instituciones...* publicados por los Orga en 1789 y agotados en 1795, procediendo una nueva edición, pp. 82-83), y sin duda ahí se encuentran las mejores páginas de Pavón y Blasco. En el mismo caso aprecie la laboriosa consideración de los *Elementa Philosophiae* de fray Juan Facundo Sidro Villarroiç (1781), ocasión de una catarata de pareceres aquí documentados. A pesar de varios juicios favorables, el demoledor dictamen del profesor Vicente Llorens paralizó la publicación; esta censura nos ilustra también sobre las estrategias de ¿plagio? seguidas por Villarroiç al componer la obra propia (Verney, Facciolato, Wolff, Moko, Genovesi...), verdadera antología de filósofos reputados.

Aplaudir el estudio de la actividad editorial de las universidades, argumentada con gran escrúpulo para Valencia por los autores de este libro, no impide, sin embargo, un lamento final ante la desatención de la vigorosa historiografía que ha merecido la imprenta del siglo XVIII y los mecanismos de control y censura por las monarquías ilustradas.

C. P.

Universidad de Huelva. España